

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

BLAS TRÁPALA.

Lector ¿conoces á Blas Trápala? ¿No? Pues lo extraño, porque es un tipo más conocido que la ruda.

Blas es un gánapiro que siempre ha sobresalido entre todos los de su clase porque nunca supo donde tenia la boca un celemín. Pertenece á la gran familia de los Trapalones, gente capaz de cuajar un enredo en el filo de una espada y de secar una viña á fuerza de mentiras.

Desde chiquitín ya demostró su afición á no decir una verdad y adular á todo el mundo con tal de hacer su negocio.

No hay para qué decirte que de grande ha seguido lo mismo y que hoy está gordo y colorado como un tudezco, gracias á su poca vergüenza, y á su ninguna aprension.

Te advierto además, lector, que el tal individuo nunca supo escribir, pues recuerdo que cuando iba á la escuela escribía azafran con **e**, (acafran) y hoy que es un hombre y se la echa de sábio, escribe higos con **j**, (jigos.)

Pues vamos al caso. El otro día pasé por su casa y me lo encontré trabajando.

—¿Qué haces, Blas, le pregunté.

—Estoy escribiendo un libro de filosofía, me contestó tan campante.

—Aveztrúz: ¿cómo de filosofía? Famosa será la filosofía que tú escribas.

—Y tan famosa: como que hago cuenta de enriquecerme con ella.

—Tu estás loco. ¿Y quién vá á comprarte el libro?

—Todo el mundo.

—Vamos, será que poseerás algun secreto, ó tendrás alguna varita de virtudes para realizar el milagro.

—Claro está que tengo un secreto.

—Hombre, pues conozcámosle.

—Muy sencillo: mi secreto consiste en escribir en mi libro todo lo que á la mala gente le gusta leer.

—Y ¿quién sabe lo que á tal gente le gusta leer?

—Cualquiera. No hay nada más fácil. Voy á ponerte un ejemplo:

Figúrate que empiezo el libro tratando de religion y digo:

Capítulo primero. No hay Dios.

Con esto ya tengo contentos á todos los galopines que quieren que no le haya, por la poca cuenta que les trae la existencia de un ser, que si para otros es padre para ellos ha de ser juez.

En seguida paso adelante y digo:

Capítulo segundo. No hay infierno.

Con este segundo capítulo ya tengo asegurada la suscripcion de todos los pícaros del orbe que darían un ojo de la cara porque no hubiera un castigo seguro para sus picardias.

Luego sigo escribiendo y añado:

Capítulo tercero: El hombre no es más que un animal hijo del mono, y por tanto no es libre en sus acciones. En cuanto á la conciencia, es solo un fantasma del que no debe hacerse caso.

Ya ves si son necesidades, pues no es menester otra cosa para que vengan atropellados á comprarme el libro todos los que quisieran ser monos con tal de no responder de sus actos como hombres, y todos los que quisieran tirarse al rio con tal de echarse encima el peso de su conciencia.

En seguida paso más allá y continuo:

Capítulo cuarto: No hay más vida que la vida presente. No hay otro cielo que el que cada cual se proporciona en este mundo. La virtud y el vicio son palabras vacías, y el bien y el mal palabras huecas, pues solo es malo lo que disgusta y bueno lo que causa placer.

Al olorillo de este capítulo que está destilando materia por todos sus cuatros costados, acuden llenos de entusiasmo todos los pancistas: todos los egoistas que solo viven para sí; todos los ávaros, todos los que pasan la vida gozando y no tienen más Dios que su vientre.

Tengo, pues asegurada la suscripcion de todos los puercos de Europa; (1) porque, como es consiguiente, mi libro se traducirá á los idiomas de todos los países en que haya esta clase de bichos, que por cierto no faltan en ninguna parte.

Luego, como mi libro há de tratar de todo, seguiré ocupándome de otros asuntos y diré:

Capítulo quinto: La propiedad es un robo. Las cosas pertenecen á aquel que las agarra porque tiene más uñas.

Ya tienes aquí bailando de gusto y comprándome el libro á todos los ladrones de España (país bendito donde los hay á racimos) y á todos los que quieren que otros trabajen para que ellos coman.

Dejo á tu consideracion los millones que voy á ganar con esta clase de suscritores tan abundante.

Pues aguarda que aun me queda otro capítulo.

Capítulo sexto. El hombre es libre como las pajaricas del aire y tiene derecho á hacer su santísima voluntad sin que nadie se lo estorbe. Abajo pues todos los gobiernos y viva la Pepa, es decir, la anarquía, el colectivismo y demás zarandajas.

Con este capítulo acabo de hacer el negocio, pues como es consiguiente vendrán á comprarme el libro

(1) Dispensa la frase lector pero siguiendo á Ciceron no hallo otra para nombrar á los modernos hijos de Epicuro.

todos los perdidos, todos los revoltosos y todos los que no hallan bueno ningun gobierno, por aquello de que no puede haber gobierno bueno que los sufra á ellos sin colgarlos antes de un farol.

Por último. El capítulo séptimo lo dedicaré á una de las cuestiones modernas mas interesantes. La del derecho penal.

El criminal, diré, no es un delincuente que merece castigo, si no un pobrecito enfermo que necesita caldo de gallina. (1)

¿Por qué? Porque si robó, ó mató, ó se comió crudo á su padre ó á su madre fué porque al desgraciado se le alteró la sustancia gris de la médula cerebral.

En adelante pues, todo el que cometa un asesinato debe ser conducido cuidadosamente y con mucha consideracion al hospital, mientras se mete al muerto en un calabozo para que á otra vez no vaya á alterarle la sustancia gris á ningun desgraciado

Basta Trapalón, exclamé indignado al llegar aquí. Eres un farsante como todos los de tu cuerda, pero tienes razon. Tu libro te hará rico. Has dado en el *quid*. Conoces el pasto que apetecen los malvados y los tontos cuyo número es infinito y se lo ofreces en tus páginas á cambio de sus monedas de cinco duros.

Ciertamente que otros se han adelantado á tu pensamiento, porque como tú hay muchos sabios de *doublé* dedicados á engañar á la humanidad para explotarla, pero no temas porque apesar de eso aun tendrás lugar de hacerte rico, como ellos, á costa de las desdichas ajenas.

—No veo esas desdichas, contestó Trápala, con el mayor cinismo.

—¿Cómo has de verlas si no te conviene ni mirarlas? Si fueses padre y vieses perdida á tu hija única, gracias á la lectura de libros como el tuyo que enseñan á despreciar la virtud y adorar el vicio; si te pusieses en lugar de la esposa que contempla á sus hijos abandonados y en la miseria, merced á las necias doctrinas que persuadieron á su esposo, de que el hombre nació para gozar de los placeres y no para sacrificarse al cumplimiento de las obligaciones; y en fin si fueses madre y vieras á tu hijo subir al patíbulo y declarar como Tropman, (2) que la causa de sus crímenes había sido la lectura de cierta célebre novela francesa escrita como tu libro para hacer dinero, seguro que no necesitarías anteojos para ver esas desdichas.

—Vaya vaya tu exajeras, exclamó Trápala, y además no tienes en cuenta que el hombre es libre para emitir su pensamiento como le dé la gana.

—Mientes; repliqué indignado. Jamás fué libre el hombre para dañar al hombre, y si el que envenena á otro con ácido prúsico como Tropman envenenó á King, debe subir á la guillotina, el que corrompe á otro envenenando su alma por medio de un libro como Sué envenenó á Tropman ¿qué castigo merece?

Sí; sábelo de una vez, mercader de ideas. Los grandes criminales no son los que hieren, si no los que deliberadamente seducen á otros para que hieran.

Diez y seis cadalsos (si Dios no lo remedia) van á levantarse pronto en Andalucía para los infelices afiliados á la mano negra que mató al blanco de Benaozaz. ¿Por qué no habia de levantarse uno más alto que todos para los autores de ciertas publicaciones que son los que los han llevado á la perdición?

(1) De cada uno de estos capitulos pudiera yo presentar libros enteros, escritos muy seriamente por hombres que se dicen sábios.

(2) Histórico. Tropman fué un célebre asesino que imbuido por ciertas lecturas mató á una familia entera para arrebatarle su fortuna.

Me dirás que para eso no hay ley en ningun código de Europa.

Ya lo sé. Pero yo podria mostrarte un código donde las lágrimas han escrito ya esa ley.

El corazon de las madres de los que van á ser ajusticiados.

Replicarás que ese no es un código *ilustrado*.

Conforme pero quizás por eso es un código justo.

LA RAIZ DEL CRISTIANISMO.

El evangelio del capítulo 15 de S. Juan, principia de esta manera:

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos. *Mi mandamiento es este, que os améis mutuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que dá su vida por sus amigos. Vosotros sereis amigos míos si hicierais lo que yo os mando etc.*

Por estas palabras se vé con toda claridad que el amor á nuestros semejantes es como la raiz del cristianismo verdadero.

Jesús llama al mandamiento de amar al prójimo *Su mandamiento*.

Le llama *su mandamiento* como si no tuviera otros y es porque considera que los otros mandamientos estan por decirlo así, como subordinados á este.

Ninguno tiene mayor caridad que aquel que dá su vida por sus amigos. Así lo afirma Jesús.

Ahora bien: caridad quiere decir, amor de Dios; luego ninguno tiene mayor amor de Dios que aquel que da su vida por sus amigos.

Vosotros sereis amigos míos, añade Jesucristo, *si hicierais lo que yo os mando.*

¿Y qué es lo que manda?

Ya lo ha dicho antes, *que nos amemos mutuamente,* pues á eso le llama Él *su mandamiento*.

Luego nadie puede ser amigo de Cristo si no ama á sus semejantes.

Tenemos pues que la base digamoslo así del verdadero cristianismo, consiste en el amor del prójimo que siempre supone el amor de Dios, como el humo supone el fuego.

De aquí se deduce una doctrina muy clara y muy importante y es la siguiente:

Que no es positivamente cristiano aquel que mucho reza y mucho golpea su pecho ante los altares, si á sus rezos y á sus devociones, no une el amor del prójimo.

Que no es positivamente cristiano, aquel que sabe mucha Teología y mucha moral y disputa de cosas altas y escribe cosas sublimes, si á su ciencia y á su saber no va unido el amor de sus semejantes.

En una palabra, que nada valen la sabiduria ni la fé, si no van unidas á la caridad.

Más ¿cómo debe amarse al prójimo?

Jesucristo lo ha dicho tambien, al mandar que nos amemos, no de cualquier manera, si no precisamente como *El nos ha amado*.

Es decir, que nuestro amor no ha de ser un amor caprichoso, sino ordenado y arraigado en el amor del bien.

Jesucristo amó á los hombres por amor de su eterno padre, por amor de Dios, por amor del *Sumo bien*, no por capricho ni por sentimentalismo, pues los amores del sentimentalismo y del capricho, son amores puramente humanos que llevan en sí mismos la recompensa. Y la prueba es que lo mismo demostró Jesús

su amor á los hombres resucitando á Lázaro y perdonando al ladrón, que arrojando á latigazos del templo á los mercaderes que lo profanaban.

Esto quiere decir que tanto ama al prójimo el que lo castiga para procurar el arrepentimiento ó la justicia, como el que lo perdona y consuela, porque ya existe el arrepentimiento ó porque con perdonar no padece la justicia.

La madre que castiga á un hijo, le dá con el castigo una prueba de amor mas grande que el padre que por débil condescendencia, deja pasar por alto faltas que algun dia han de perderle.

La recta intencion que se dirige al bien por esencia que es Dios, es la que dá la medida del verdadero amor que se llama caridad, de aquel amor que preserva de la corrupcion, que alienta en los trabajos y que restaña las heridas abiertas por la injusticia de los malvados, la tiranía de los fuertes y el egoismo de los poderosos.

Por eso se llama filantropía y no caridad ese amor á los demás que se funda en motivos puramente humanos, tales como el bien parecer, el gusto que produce la buena obra, ect. ect.

De la filantropía á la caridad vá pues una distancia inmensa, porque la filantropía es y será siempre la moneda falsa de la caridad.

Esta gran verdad se demuestra bien patentemente por la práctica.

Mientras la filantropía solo engendra filósofos, la caridad engendra hermanas del mismo nombre, es decir, mártires.

El saber amar, es para el hombre un arte importantísimo que debe perfeccionar cada dia. De los malos amores, es decir, de los amores estrechos y torcidos que solo miran al objeto amado como mira la bestia al pasto que apetece, nacen todos los males, todas las discordias, todas las injusticias y todas las infamias.

Del verdadero amor, de aquel amor que toma á Dios por medida y al hombre por objeto, fluye el bien que renueva las sociedades, como se renuevan los campos en la primavera.

El hombre debe amar á los demás como Dios le ama á él.

Esta es la raiz del cristianismo que produce flores eternas y frutos incorruptibles.

LAS HERMANITAS DEL JORNALERO.

Con razon llamamos á la Iglesia católica nuestra Santa madre, porque su calor vivificante está produciendo cada dia remedios para nuestros males y consuelo para nuestras aflicciones.

Entre las mil instituciones caritativas que se disputan el honor de servir á los pobres y compartir con ellos voluntariamente sus amarguísimas penas, cuentanse la de *Las Hermanitas del jornalero*, fundada recientemente para ayudar á esa clase menesterosa obligada muchas veces por el trabajo á abandonar á sus hijas á los peligros de los talleres y á la contingencia de una vida aislada en las grandes poblaciones.

Las nuevas hermanitas se consagran al servicio de las pobres hijas de los jornaleros, fundando casas en medio de las grandes poblaciones industriales y fabriles donde recogen á aquellas jóvenes que por la necesidad de buscar trabajo se ven alejadas del hogar doméstico y no solo las procuran el medio de vivir en familia completando su educacion, sino que acu-

den á las mismas fábricas y talleres y allí las vigilan con maternal cuidado, evitando así la perdicion de muchas inocentes criaturas que sin ellas irian tarde ó temprano á caer en la prostitucion que siempre les persigue.

Compárese la conducta que con el pueblo observan estas hijas del cristianismo, con la que siguen los *Trápalas* anti-cristianos que no tienen inconveniente en corromperle para explotarle, y se habrá aprendido una leccion muy provechosa.

Otros de los medios de que se valen estos angeles de la caridad para proteger la inocencia de las hijas de las pobres obreras separadas de sus padres por la orfandad ó por la precision de buscar trabajo, es la de las escuelas y reuniones dominicales, donde se completa la educacion moral, intelectual y religiosa de sus protegidas.

Y ahora bien ¿de dónde sale tanto bien? Quién inspira á las ricas y elegantes señoritas de las clases más elevadas ese sentimiento de abnegacion que las hace trocar sus joyas y sus placeres por una ridícula toca y un sayo de estameña, para dedicarse á proteger á las hijas del infeliz jornalero contra las asechanzas del libertinaje y de la infamia? ¿Quién les inspira tan noble resolucion, sino Aquel que ofreció no dejar sin recompensa ni un solo vaso de agua dado en su nombre? ¡Ah! si las clases obreras comprendieran todo el alcance que tiene para ellas el alza ó baja del cristianismo en el mundo, seguro que se adherirían á él como la hiedra al olmo, estrechándole con mas fuerza cada dia para que no se le escapase de entre sus brazos ni se saliese de su corazon.

EL ANGEL MALO

Y

EL ANGEL BUENO.

(Conclusion.)

Una tarde, que paseaban juntos los tres por el camino de Jaca, vieron acercarse á la cuenca en donde brotan los salutíferos manantiales una lujosa silla de posta. Venia en ella casi tendido un caballero como de unos cuarenta años, y en el testero un jóven que podría contar de diez y ocho á veinte. En el pescante, al lado del cochero, venian dos hombres que parecian criados.

Al pasar por delante del Capuchino, el viajero tendido se incorporó como movido por un resorte, y mandó con imperiosa voz al cochero que se detuviese.

Sus ojos se fijaron en el Capuchino con sorpresa: éste á su vez contempló al desconocido, en cuyo rostro eran visibles las terribles y profundas huellas de la tisis, con dolorosa compasion mezclada de cariño.

—¿Tú aquí, Gabriel?—dijo el viajero.

—Como tú, Antonio,—respondió el Capuchino con dulzura.

—Si, los dos llevamos arrastrando la cadena hereditaria. Pero no esperaba verte en estos sitios.

—Mis superiores me han obligado á venir. ¿Cómo te encuentras, Antonio?

Un acceso de tos convulsiva y cavernosa, que dejó al del cohe livido como un cadáver, respondió eloquentemente á esta pregunta.

—Ya lo ves, dijo el viajero con voz sofocada. Su-

pongo, Gabriel, que vendrás á hospedarte conmigo. Tengo habitaciones encargadas.

—Ya sabes que no puedo: mi regla me prescribe vivir de la caridad.

Al oír esto, el desconocido lanzó al Capuchino una mirada furiosa, y gritando al cochero con ronco acento: «¡anda!» desapareció levantando polvo.

El Capuchino inclinó la cabeza, y de sus ojos expresivos se escapó una lágrima.

—Padre, preguntó Juan, que había presenciado admirado aquella escena extraordinaria: ¿quién es ese recién venido?

—Es mi hermano, contestó el Capuchino con acento conmovido.

—¿Hermano de V., P. Gabriel! ¿Un señor que viaja con servidumbre y en silla de posta?

—Puede y debe hacerlo. Es Marqués y sumamente rico.

La admiración de Juan iba en aumento.

—Y ¿por qué siendo V. de familia rica y titulada le han obligado á hacerse capuchino?

—No me ha obligado nadie, contestó reposadamente el P. Gabriel. Yo elegí libremente el estado religioso contrariando los deseos de mis parientes, y sobre todo de mi hermano mayor, que es el que acaba V. de ver, y que no ha querido nunca perdonarme el haber preferido el sayal á la opulencia. Es muy extraño que hoy haya consentido en reconocerme.

—¿Tiene familia?

—No; es soltero. No ha querido legar á sus hijos la triste herencia que llevamos en la sangre. De una numerosa familia, sólo quedamos él y yo.

—¿De manera que es V. su único heredero?

—Ya sabe que yo no puedo ni quiero serlo, y eso es lo que más le irrita contra mí. Ha prohibido á un joven pariente, que es el que le acompaña, y que por las señales no esperará mucho tiempo la herencia.

El Capuchino ahogó un suspiro al decir esto.

—Pero, P. Gabriel, replicó Juan más y más asombrado: teniendo V. en su mano el ser un poderoso de la tierra, ¿por qué se resigna voluntariamente á la humillación y á las privaciones de la pobreza?

—La pobreza, hijo mío, es el blason más ilustre de la casa de nuestro Padre celestial. Ya estás viendo lo que es la vida. En ella es inevitable la cruz. Dichosos los que la llevan voluntariamente siguiendo el ejemplo de Jesucristo. De ellos será el reino de los cielos, que no tiene fin.

El Capuchino calló. La vista y el estado de aquel hermano, que amaba tiernamente, y su brusca despedida habían conturbado su ánimo.

Juan se encontraba también agitado por pensamientos tumultuosos, y apretaba involuntariamente el brazo de María, que le lanzaba miradas furtivas impregnadas de amor y de esperanza.

VI.

Aquella misma noche el P. Gabriel fué llamado á toda prisa por su hermano, que se hallaba en la agonia, y permaneció toda la noche en la fouda en que aquel se alojaba.

En la tarde del siguiente día los dos esposos le vieron llegar jadeando por el camino que sube serpenteando desde la aldea de Panticosa á los baños. Venía de acompañar el cadáver de su hermano al cementerio del pueblo.

Juan y María volaron al encuentro del Capuchino. Las emociones y la fatiga le hubieran dado el aspecto

de un cadáver, á no ser por el fuego dulce y tranquilo que resplandecía en sus ojos.

—¿Qué hay, P. Gabriel?—le preguntaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Todo se acabó contestó el Capuchino. Murió en mis brazos, y espero por la misericordia de Dios que no tardaremos en encontrarnos donde no nos separaremos nunca.

—No será tan pronto, P. Gabriel.

—Si, muy pronto, hijos míos. Yo parto mañana al amanecer. Tengo que despedirme ahora de vosotros, porque las horas que me restan necesito dedicarlas al descanso y á la oración.

—¿Nos deja V.?

—Si, voy á morir á mi convento entre mis hermanos. Espero que Dios me ha de dar fuerzas para llegar allí, á fin de que mis huesos reposen á la sombra de mi querido santuario.

—Bendígame V., Padre—dijo Juan, cayendo á los pies del santo Capuchino con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Con toda mi alma! respondió el Capuchino enternecido. ¿Estás curado?

—Si, Padre mío; de alma y de cuerpo.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó María cayendo también trémula de gozo á los pies del P. Gabriel y estrechando una de sus manos abrasadas por la fiebre.

El P. Gabriel levantó la otra, y fijando sus ojos extasiados en el cielo bendijo á los dos esposos.

VII.

—La virtud curativa de las aguas de Panticosa, los cuidados de María y más que todo esto la tranquilidad de espíritu de Juan, conforme ya y aun contento con su pobreza forzosa ante el ejemplo de la pobreza voluntaria del P. Gabriel, surtieron el efecto apetecido.

En pocos días Juan se hallaba completamente restablecido, y vuelto á su casa pudo dedicarse de nuevo al trabajo. Aleccionado con la experiencia de lo pasado, y cumpliendo fielmente los propósitos que había hecho, no volvió á tener otros amigos que su mujer y sus hijos, ni á tomar en sus manos periódico alguno. Economizando cada día una pequeña parte de su jornal ha podido ya pagar las deudas contraídas con motivo de su enfermedad, y vive tan feliz como en la primera época de su matrimonio. Es tan cariñoso como antes con sus hijos, y ama con todo su corazón á su buena esposa María. De su boca no han vuelto á salir palabras ásperas, y menos blasfemias.

Todas las horas de los días festivos las tiene perfectamente distribuidas entre los deberes religiosos y un honesto recreo con su familia: excusado es decir que no ha vuelto á poner los pies en una taberna. Juan es feliz.

(De *La Propaganda Católica*.)

LA LECTURA POPULAR.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »

Además 50 céntimos por accion por gastos de correo. Cada accion representa 100 ejemplares por número, ó sean 200 mensuales que reparte el suscriptor entre las clases trabajadoras.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.